



partes, y no pudiendo en definitiva dar un buen éxito á sus trabajos. Los filósofos de su escuela no tenían crédito ni autoridad.

Por todas partes reinaba una deplorable confusión. Leyes, gobierno, ciencias, artes, todo estaba abandonado, olvidado y proscrito. Los mismos historiadores no tenían ya cuidado de indicar las fechas de los hechos más variados y oscuros.

Continuas rebeliones ocupan los años de Ngan-Wang y de Lie-Wang (401 á 368). Los vasallos se habían hecho más poderosos que nunca; todos aspiraban manifiestamente á arrojar del trono aquellos fantásticos reyes, que no le ocupaban más que para mancharle con sus crímenes. Pero ninguno era bastante fuerte para dominar á sus rivales. Entre tanto toman todos el título de reyes bajo el débil Hien-Wang.

La fortuna, sin embargo, parecía sonreír á los príncipes de Thsin. Aguerridos por sus incasantes luchas contra los tártaros, amenazaban á la China con su dominación. No tenían necesidad de adivinar por medio de la tortuga para predecir su futura grandeza; esta se hará esperar todavía un siglo, y hasta esa época la historia de la China estará entregada á los frecuentes levantamientos de los pueblos, á los asesinatos de los príncipes y á toda clase de infamias (1).

El Oriente todo obedecía al «gran rey.» La India, ya tributaria de los schahs del Irán, no tardó en ser contada en el número de las provincias del vasto imperio de los sucesores de Ciro.

Darío le cuenta en la lista de sus reinos (2), y una de sus expediciones está destinada á asegurar allí su dominación! Esta dominación debía ser bien establecida, puesto que una flota persa bajo las órdenes de Seilax de Larian-dia, bajó tranquilamente el río Indo desde las altas regiones hasta el Océano, y después de treinta meses de navegación vino á tocar en la extremidad del Mar Rojo, abriendo á los na-

(1) Véase para este capítulo *Historia general de la China* por el P. Mailla; *La China* por Peautier; Cantú, *Historia universal*, y las Memorias concernientes á los chinos.

(2) Inscripción de Naschi-Rustem, reproducida por M. J. Oppert, *Expedición á la Mesopotamia*.

víos de Darío todo el mar de las Indias (1).

El tesoro de Suza recibía anualmente de sus súbditos del Indo cuatro mil seiscientos ochenta talentos cubólicos en pepitas de oro y en barras de plata; esto venía á ser la tercera parte de los gastos de la Persia, y la India formaba el vigésimo de los gobiernos iraníes. Se comprende el celo que tendrían los reyes de Oriente por conservar tan útil dominio, así como las tentativas de los indios por sustraerse de este oneroso tributo.

Para colmo de desgracia y para aumentar la triste situación de la India, los montañeses de Kabul y del Candahar empezaban á reunirse constituyendo más tarde la nación de los Afgharas; ya ellos se habían apoderado de las provincias regadas por el Indo. El rey Darío les había reducido, y el sucesor de Ilarajah les había combatido con buen éxito en la península Keda-Rajah. Volvieron á conquistar su poder bajo Jeicud, uno de sus generales, que le sucedió. Indolente y sensual este último rey, se salvó mediante las gruesas sumas de dinero que pagó á la Persia.

Las usurpaciones perjudicaban á la India; el hijo de Keda fué desposeído por Delu hácia la mitad del siglo IV antes de la era cristiana. El nuevo príncipe, á pesar de su valor, generosidad y piedad, fué destronado por un miembro de su familia llamado Pur ó Purava, á los cuarenta años de reinado. Este conquistador sometió á su poder todo el país entre Guzerat y Orissa, y murió después de un largo y glorioso reinado, dejando el gobierno á un hijo de su mismo nombre, el famoso Pur, Poro, que sostuvo una guerra con Alejandro.

En la misma época y sobre las riberas del Ganges reinaba en Palibotra el sábio y justo rey Nandas, que sometió á todos los radjas del país, y hacia una guerra de exterminio á los jatriyas cuando llegó el héroe macedónico.

El paso de Alejandro y de sus *javanas* por la India (2) dejó profundas huellas.

(1) Herodoto refiere este viaje. (Véase M. Guillemin, *op. cit.*)

(2) Véase la *Historia de la India*, de De Marlés: Guillemin, *op. cit.*, y *La India*, por Dubois de Jarcigny, etc.

## CAPÍTULO II

Asia central y occidental.—Ciro, Kai-Khosru.—Estado del Asia al advenimiento de Ciro.—Ciro somete á los turanios.—Conquista del Asia central y occidental.—Ruina de Creso y de la Lidia.—Sitio y toma de Babilonia.—Libertad del pueblo de Dios.—El imperio de Ciro: su organización.—Muerte de Ciro.

Todo el Oriente estaba en expectativa de grandes y extraordinarios acontecimientos.

Los armenios, favorecidos por las guerras civiles y las conquistas, unidos sus destinos á los de Babilonia, habían reconquistado su independencia; pero escuchaban con pavor las hazañas de los habitantes del Irán, sus vecinos, y procuraban hacerse aliados suyos, para no ser esclavos de su poder.

Los georgianos y los pueblos del Cáucaso, amenazados por el príncipe de Persia, el «afortunado,» *Humayun*, se disponían á vender cara su vida y su libertad.

Babilonia, la nueva Babel, vieja y gastada por la corrupción, se estremecía en sus fundamentos á los acentos terribles de la profecía hebrea que llamaba á las grandes crisis al libertador, al águila de la aurora.

Israel descolgaba sus arpas de los sauces de Babilonia y entonaba cánticos poéticos para saludar la venida de aquel que esperaba hacia sesenta y dos años.

El nuevo imperio de la Lidia, perdido prematuramente por el lujo y la ambición, daba la voz de alarma y se preparaba contra el conquistador anunciado.

La India y la Arabia escuchaban de lejos estos rumores y temblaban al recordar á los célebres guerreros de la Asiria.

El tiempo ha llegado.

Pasamos en silencio lo relativo al nacimiento y primeros años del joven «predestinado» Ciro, porque está consignado ya en el capítulo que trata de la Persia.

Kai-Khosru, según los persas, comenzó su

TOMO II

reinado tomando venganza de los asesinos de su padre. Dirigiéndose después contra los ruídos hijos del Turan, los arrojó al Afrasiab y ocupó su trono.

Generoso y espléndido, confirma á los jefes en la autoridad que venían ejerciendo, y como hizo más tarde Alejandro, respeta y colma de honores á la madre y á las mujeres del schah-khan. Algunas tentativas del príncipe destronado no sirvieron más que para asegurar la dominación del conquistador. Somete completamente el Asia septentrional, la Armenia y la Georgia; los príncipes del Asia oriental le mandan embajadas y le ofrecen su vasallaje; los rajhas de la India reconocen su dominación, y el «Faghfur» le entrega el Afrasiab. Khosru derriba de un sablazo la cabeza del odioso Turanio, exclamando: «Que esta sangre impura sirva de sacrificio á Iredj, á Nouder y Syawusch.» Su imperio es, sin embargo, poderoso, temible y cumplirá los decretos divinos (1).

La Asiria estuvo dominada en otro tiempo por el imperio persa ó Irán, y entre ella y los schahs existía una antigua disputa. Nabucodonosor I tomó á Ecbatana, la ciudad de los siete

(1) Véase el *Schah-Nameh* de Ferdoucy, el *Cuadro histórico del Oriente*, por el caballero M. C. D'Ohsson, etc. Por un extraño olvido, los cronistas árabes no dicen una palabra de las conquistas citadas por los historiadores griegos, y aunque en desagravio estos últimos indican las provincias del norte y de la India como comprendidas en la vasta extensión del imperio de Ciro, no hablan de su adquisición. Nosotros nos hemos valido de las dos narraciones, pero sin garantizar de ningún modo la autenticidad.





recintos y de almenas de siete colores (1), y Ciajares, rey de Media, destruyó á Ninive hasta los cimientos. El peligro comun que preveia toda el Asia unió estrechamente la Asiria y la Lidia.

Ciro reunió sus hombres de á caballo y los armados de saetas ó dardos, y apoyado en sus sóbrios é invencibles montañeses, se arroja sobre el viejo imperio de Caldea y sobre el reino de Sardes, derrotando en una sola jornada á todas las falanges enemigas, mata á Nergal-Assar, *Neriglisor*, rey de Babilonia (565), y no se da momento de reposo hasta caer con todas sus fuerzas sobre Creso.

Pero el «feliz» Mermnada de la Lidia habia hecho un llamamiento á todos los pueblos del Asia, y á su voz se levantó toda la península. Los griegos de la costa le proporcionaron socorros; la caballería de Paflagonia, la mejor de todo el Oriente, los carros armados de guadañas, los elefantes cargados de torres y de soldados formaban un ejército formidable. Nada detuvo, sin embargo, la fogosa impetuosidad de los persas. En la primera batalla fué arrojado Creso al centro de sus Estados; replegado en Sardes, *Sarsan*, su capital, fué derrotado en Timbrea (567).

Tomada despues Sardes, cae prisionero Creso, y cuando seguia en Asia la suerte del vencedor, se acuerda de las palabras que pronunciara Solon al contemplar las inmensas riquezas de la Lidia: «Sólo puede llamarse dichoso aquel á quien los dioses han concedido la felicidad hasta la muerte.»

La imaginacion de los griegos presenta la caída del reino de Lidia acompañada de prodigios. Creso tenia un hijo mudo, que era la úni-

(1) Herodoto refiere que Ecbatana fué construida por Dejoces, quizá el Djemschid de los escritores orientales. Esta ciudad cuadrada tenia siete recintos y en el último estaban el palacio y el tesoro del rey. Las almenas del primer recinto estaban pintadas de blanco, las del segundo eran negras, las del tercero de color púrpura, las del cuarto de azul, las del quinto de amarillo anaranjado, las del sexto plateadas y las del sétimo doradas. M. Victor Place ha encontrado, con admiracion, la misma disposicion de colores en los siete pisos de la torre del palacio de Khorsabad.

ca sombra que empañaba su felicidad proverbial. Quejábbase de ello Creso, y el oráculo de Delfos y la Pitia le habian respondido: «Insensato, no pretendas oír en tu palacio la deseada voz de tu hijo, porque no comenzará á hablar hasta el dia en que den principio tus desgracias!» En el sitio de Sardes un soldado persa se arroja sobre Creso, que abrumado por su infortunio, no pensaba evitar la muerte. «Soldado, no mates á Creso!» exclama el jóven príncipe, á quien el inminente peligro de su padre desató la lengua.

Conducido Creso á la presencia de Ciro, es condenado á morir en una hoguera; entonces se acuerda de Solon y pronuncia el nombre de este sábio, á quien no habian ofuscado sus prosperidades. Ciro hace suspender el suplicio; al mismo tiempo, Apolo, invocado por Creso, apagó las llamas de la hoguera por medio de una inesperada lluvia. El vencedor da gracias al vencido; Creso envia sus cadenas á Apolo y manifestó su agradecimiento á Ciro dándole sábios consejos.

El reino de Lidia se convirtió en una satrapía bajo las órdenes del monarca iranio, y Creso presencia la ruina y destruccion de sus aliados.

Khosru dispone sus tropas para la conquista de la Siria y la Arabia, y despues marcha á Babilonia.

La ciudad impía y condenada, estaba atrincherada detrás de sus altas murallas. Entregada á Baltasar, *Bat-sarr-assur*, ó Nabonid, no se ocupaban más que en dirigir denuestos á los sitiadores y profanar en vergonzosas y repugnantes orgias los vasos sagrados de Sion. El sitio adelantaba sin embargo; el ejército enemigo bloqueaba los puntos accesibles; el rio Eufrates; con tanto orgullo sujeto, iba á combatir contra su soberano. Desde lo más elevado de sus torres la multitud contemplaba el profundo canal que los persas abrian con lentitud á lo lejos.

A los dos años el rio estaba seco, y su lecho se habia convertido en un ancho y espacioso camino para los caballos y los carros del ejército iranio.

Pero la cólera del Dios de Israel estalla, y



ca sombra que empañaba su felicidad proverbial. Quejábbase de ello Creso, y el oráculo de Delfos y la Pitia le habian respondido: «Insensato, no pretendas oír en tu palacio la deseada voz de tu hijo, porque no comenzará á hablar hasta el dia en que den principio tus desgracias!» En el sitio de Sardes un soldado persa se arroja sobre Creso, que abrumado por su infortunio, no pensaba evitar la muerte. «Soldado, no mates á Creso!» exclama el jóven príncipe, á quien el inminente peligro de su padre desató la lengua.

Conducido Creso á la presencia de Ciro, es condenado á morir en una hoguera; entonces se acuerda de Solon y pronuncia el nombre de este sábio, á quien no habian ofuscado sus prosperidades. Ciro hace suspender el suplicio; al mismo tiempo, Apolo, invocado por Creso, apagó las llamas de la hoguera por medio de una inesperada lluvia. El vencedor da gracias al vencido; Creso envia sus cadenas á Apolo y manifestó su agradecimiento á Ciro dándole sábios consejos.

El reino de Lidia se convirtió en una satrapía bajo las órdenes del monarca iranio, y Creso presencia la ruina y destruccion de sus aliados.

Khosru dispone sus tropas para la conquista de la Siria y la Arabia, y despues marcha á Babilonia.

La ciudad impía y condenada, estaba atrincherada detrás de sus altas murallas. Entregada á Baltasar, *Bat-sarr-assur*, ó Nabonid, no se ocupaban más que en dirigir denuestos á los sitiadores y profanar en vergonzosas y repugnantes orgias los vasos sagrados de Sion. El sitio adelantaba sin embargo; el ejército enemigo bloqueaba los puntos accesibles; el rio Eufrates; con tanto orgullo sujeto, iba á combatir contra su soberano. Desde lo más elevado de sus torres la multitud contemplaba el profundo canal que los persas abrian con lentitud á lo lejos.

A los dos años el rio estaba seco, y su lecho se habia convertido en un ancho y espacioso camino para los caballos y los carros del ejército iranio.

Pero la cólera del Dios de Israel estalla, y

recintos y de almenas de siete colores (1), y Ciajares, rey de Media, destruyó á Ninive hasta los cimientos. El peligro comun que preveia toda el Asia unió estrechamente la Asiria y la Lidia.

Ciro reunió sus hombres de á caballo y los armados de saetas ó dardos, y apoyado en sus sóbrios é invencibles montañeses, se arroja sobre el viejo imperio de Caldea y sobre el reino de Sardes, derrotando en una sola jornada á todas las falanges enemigas, mata á Nergal-Assar, *Neriglisor*, rey de Babilonia (565), y no se da momento de reposo hasta caer con todas sus fuerzas sobre Creso.

Pero el «feliz» Mermnada de la Lidia habia hecho un llamamiento á todos los pueblos del Asia, y á su voz se levantó toda la península. Los griegos de la costa le proporcionaron socorros; la caballería de Paflagonia, la mejor de todo el Oriente, los carros armados de guadañas, los elefantes cargados de torres y de soldados formaban un ejército formidable. Nada detuvo, sin embargo, la fogosa impetuosidad de los persas. En la primera batalla fué arrojado Creso al centro de sus Estados; replegado en Sardes, *Sarsan*, su capital, fué derrotado en Timbrea (567).

Tomada despues Sardes, cae prisionero Creso, y cuando seguia en Asia la suerte del vencedor, se acuerda de las palabras que pronunciara Solon al contemplar las inmensas riquezas de la Lidia: «Sólo puede llamarse dichoso aquel á quien los dioses han concedido la felicidad hasta la muerte.»

La imaginacion de los griegos presenta la caída del reino de Lidia acompañada de prodigios. Creso tenia un hijo mudo, que era la úni-

(1) Herodoto refiere que Ecbatana fué construida por Dejoces, quizá el Djemschid de los escritores orientales. Esta ciudad cuadrada tenia siete recintos y en el último estaban el palacio y el tesoro del rey. Las almenas del primer recinto estaban pintadas de blanco, las del segundo eran negras, las del tercero de color púrpura, las del cuarto de azul, las del quinto de amarillo anaranjado, las del sexto plateadas y las del sétimo doradas. M. Victor Place ha encontrado, con admiracion, la misma disposicion de colores en los siete pisos de la torre del palacio de Khorsabad.





en medio del festin que daba Baltasar (1), una mano amenazadora y divina escribe sobre la muralla este decreto vengador: «Mane, Thecel, Fares» (2). El rey palidece, los adivinos se turban; sólo Daniel, el profeta de Israel, alza la cabeza y explica la terrible sentencia. Apenas hubo concluido cuando resonaron los gritos de guerra y de matanza. Los persas entraron en la ciudad por el lecho del rio; encuentran abiertas las puertas de bronce que cerraban los subterráneos de los muelles; tal era la excesiva confianza de los babilonios, que se olvidaron de cerrar el medio de comunicacion con la ciudad.

Babilonia es saqueada. La espada se sació de verter sangre, y á lo lejos se oia aquella misma voz que habia cantado su ruina, exclamando de entre los siervos de Sion: «Anunciad á las naciones la nueva, publicadla con resolución; gritad: Babilonia ha sido tomada» (3). Todo se ha cumplido; la grande y sacrilega ciudad habia caido por tierra y no era ya más que un monton de escombros.

En medio de este desastre, se elevaba un himno en accion de gracias por haber conseguido la libertad el pueblo de Israel. Dios habia hablado de este modo: «Yo soy el Señor que dice al abismo: Agótate, yo secaré tus aguas; y á Ciro: Tú eres el pastor de mi rebaño y cumplirás mi voluntad en todo; y á Jerusalem: Tú serás reedificada; y al templo: Volverás á ser edificado.»

La grande monarquía habia visto escrito su nombre despues de mucho tiempo en el libro de Isaías. Escuchó la voz de Daniel, le elevó á los más altos honores y glorificó al Dios de su

(1) Baltasar ó Nabonid es el *Nabur-naid* y el *Bel-sarr-assur* de las inscripciones. J. Oppert, *Expedicion científica á la Mesopotamia*, t. II, págs. 325-326.

(2) En el texto original se lee: «Mane, mane, thekel: fares.» *Mane* quiere decir número, *thekel*, peso; *fares*, division. El «número» de vuestros dias está contado; el «peso» de vuestro imperio es muy ligero; vuestro reino será «dividido» y entregado á los medos y persas: tal fué la explicacion de Daniel. La repetición de la pala *mane*, significa que el número se hizo con el mayor cuidado.

(3) Isaías, XLIV, 17 á 28.

sábio profeta. El pueblo de Israel vió confirmadas sus esperanzas y se mandó darle satisfaccion. Los heraldos dijeron en alta voz: «El Señor, el Dios del cielo es el que me ha dado todos los reinos de la tierra, el que quiere que se le levante una casa, un templo en la ciudad de Jerusalem en Judea. Todo el que pertenece á su pueblo que vaya á Jerusalem y reedifique la casa del Señor de Israel, porque este Dios que está en Jerusalem es Dios» (1). Y el pueblo se puso en marcha, y la multitud bendecia al Señor todopoderoso y al ejecutor de sus santas voluntades.

Ciro habia cumplido su mision.

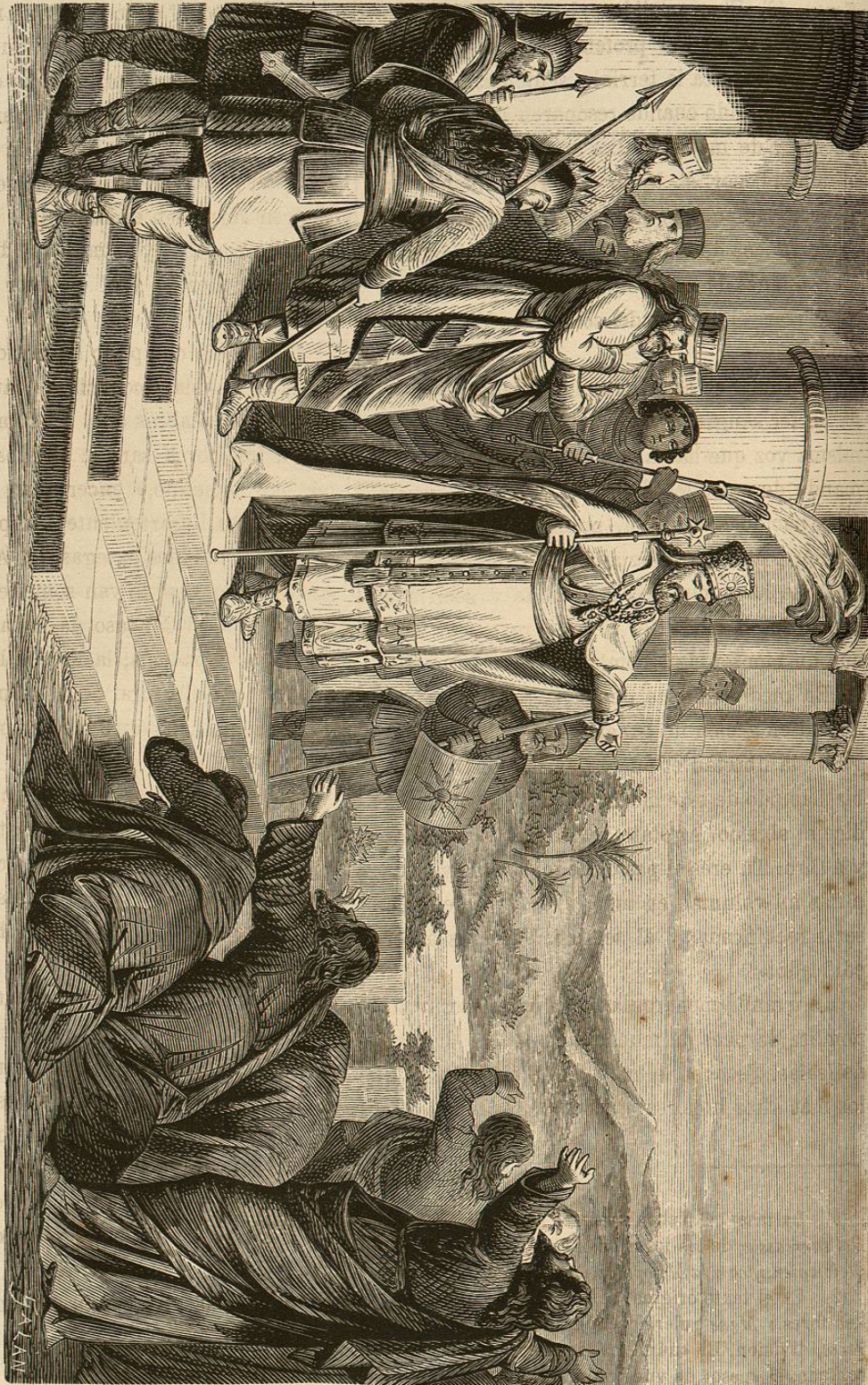
Toda el Asia reconocia y acataba sus leyes, porque las palabras que, relativas á él, consignaron los libros santos: «Todos los reinos se me han sometido,» encerraban una profunda verdad. Su lugarteniente Harpagon sometió todas las ciudades griegas del Asia Menor, y sucesivamente se le van sometiendo la Persia, la Armenia, el Cáucaso, la Liria, la Arabia, la Asiria, la Capadocia, la Frigia, la Lidia, la Fenicia y todo el litoral del Helesponto, las cuales se reunen en una majestuosa y sorprendente unidad.

Dueño Ciro de todo el Oriente, dividió su vasto imperio en ciento veinte satrapias y treinta grandes gobiernos. Las primeras familias del Estado desempeñaban la administracion civil y militar. Los «*merzeban*» y los «*khsatrapavar*,» sátrapas, guardianes del imperio y reyes en sus provincias, cobraban los impuestos, mandaban los ejércitos, administraban justicia y velaban por el fomento de la agricultura. A pesar de todo, no eran más que delegados del monarca, y debian ejecutar sus órdenes con la sumision de un esclavo, ó de lo contrario eran despedazados á una simple indicacion de la córte. Por otra parte, los comisarios y los oficiales particulares, «ojos y oidos del rey (2),» recorrian las satrapias y aseguraban la dependencia de los

(1) Esdras, cap. I, vers. 2 y 3.

(2) El gran rey es la imágen de Ormuzd, y sus siete consejeros representan los siete Amschaspands de Ormuzd. El abate Glaire, los *Libros santos vindicados*, t. II, pág. 213.

en medio del festin que daba Baltasar (1); una mano amenazadora y divina escribe sobre la muralla este decreto vengador: «Mane, Thecel, Fares» (2). El rey palidece, los adivinos se turban; sólo Daniel, el profeta de Israel, alza la cabeza y explica la terrible sentencia. Apenas hubo concluido cuando resonaron los gritos de guerra y de matanza. Los persas entraron en la ciudad por el lecho del rio; encuentran abiertas las puertas de bronce que cerraban los subterráneos de los muelles; tal era la excesiva confianza de los babilonios, que se olvidaron de cerrar el medio de comunicacion con la ciudad.



CIRO DA LIBERTAD Á LOS CAUTIVOS DE ISRAEL

(1) Esdras, cap. I, vers. 2 y 3. (2) El gran rey es la imágen de Ormuzd, y sus siete consejeros representan los siete Amschaspands de Ormuzd. El abate Glaire, los *Libros santos vindicados*, t. II, pág. 213.





gobiernos y la ejecución de la voluntad del schah.

La Puerta (1) (*ai Pulai*), ó el *Divan*, era el centro único de esta inmensa actividad. De todas partes llegaban al trono los tributos de los vencidos y los tesoros de los países sujetos á su dominio. El gran Khosru había comprendido todo el poder de la unidad por medio de la fuerza, y á este fin dirigió todos sus esfuerzos. A pesar de la vasta extensión de sus Estados, no descuidó nada de cuanto podía contribuir á establecer entre ellos vínculos de unión, y él en persona visitaba muchas veces sus reinos y velaba directamente por el orden y la armonía universal. Iluminado por la divina bondad, no se hacía ilusiones sobre su destino, no obstante su grandeza y magnificencia, y en su diadema se leían estas palabras: «¿Para qué sirven los ejércitos numerosos y una larga vida? porque los hombres que vengan después nos humillarán, y de la misma manera que el imperio ha llegado hasta mí, pasando antes por diferentes manos, así también pasará de las mías (2).»

Ciro, pues, sometió y organizó toda el Asia mediante su actividad y cuidado, pero su muerte es un problema. Según unos, pereció en una expedición contra los masagetas, cuya reina, Tomiris, se vengó de este modo de la derrota que Ciró causó á su ejército. El gran rey está

(1) Jenofonte dice: «El nombre de *Puerta* es muy antiguo en el Oriente y designa la corte de los sultanes y de los schahs.

(2) Extracto del *Gulistan* de Muslah ed-dyn-sa'dy, *Investigaciones asiáticas*.

sepultado entre los montones de cadáveres de los suyos. Tomiris mandó cortar su cabeza y sumergirla en un odre lleno de sangre humana, diciendo: «Sáciate de sangre, puesto que tanto te ha inquietado.» El hecho, tal como le refiere esta versión, es poco probable (1); nosotros tenemos por mejor y más verdadera la otra versión, que le hace morir en todo el esplendor de su reino, en medio de su ciudad real y de toda su corte, instruyendo de palabra y con el ejemplo al que debía recoger su inmensa herencia. Los cronistas persas se aproximan más á esta versión, porque nos representan al magnánimo, «humayun,» abdicando el poder para subir al cielo y desapareciendo entre rayos y relámpagos.

Con el reinado de Ciró termina el gran período cuya descripción rápida acabamos de hacer. Este príncipe realizó la unidad de todos los pueblos del Oriente que sometió á su poder. Constituyó un nuevo mundo, fuerte, poderoso, heredero de los antiguos odios de todos los pueblos que le constituyen, delante del que va á aparecer el Occidente para terminar la querrela comenzada mucho tiempo hacia. La lucha será encarnizada, incesante, y uno de los dos combatientes perecerá, pero todo esto es preciso para la formación de la unidad general.

Ciró dió el primer paso, el segundo Alejandro, Roma el tercero y último; tales son los designios de Dios, guiando al mundo antiguo hasta Jesucristo.

(1) El mismo Herodoto dice que hay muchas versiones sobre la muerte de Ciró I, cap. CCV á CCXIV.

## CAPÍTULO III

### División de Israel en dos reinos.—Elias, Eliseo, Josafat, Atalias (1)

Después de la muerte de Salomón, su hijo Roboam se dirigió á Siquem. Allí se encontraba también Jeroboam, á quien habían mandado venir sus amigos, al mismo tiempo que le comunicaron la nueva que Salomón había muerto. Se presentó ante Roboam, con los ancianos de Israel, y le dijeron que les librara de la dureza del gobierno que su padre les había impuesto y le servirían. Hablaban así, ya porque sin razón se quejaban de un príncipe que había hecho tan comunes el oro y la plata en Jerusalén, ya porque en efecto Salomón les gravó con grandes impuestos en el tiempo en que se entregó en brazos de sus pasiones. El alimento solamente de las setecientas reinas y de las trescientas mujeres de segundo rango bastaba para absorber las rentas de todo un reino.

Roboam les pidió tres días de plazo para consultar á los antiguos consejeros de su padre y poderles responder. Consultóles en efecto, y le contestaron que si respondía al pueblo con palabras dulces sería siempre su siervo.

Conocían los ancianos el estado de los negocios; no ignoraban el secreto pensamiento de las diez tribus para formar un reino aparente y separarse de Judá, de quien tenía envidia, y no habían olvidado los tristes efectos de esta envidia, en tiempo de David. Además, se había concedido á Salomón la autoridad sobre Israel con una condición que no había cumplido. Roboam no debía ignorar esto, y el consejo de los ancianos no podía ser más sábio. Roboam despreció el consejo, porque el Señor se había retirado de él para cumplir la palabra de Ahías el Silonita, sobre la división del reino. Llamó á los jóvenes que se habían educado con él y le seguían siempre, los cuales le hi-

(1) Para dar unidad á la relación histórica, consignamos ahora los sucesos que, referentes al pueblo de Israel, corresponden á esta época.

cieron dar una respuesta insultante con palabras muy duras, entre otras, que si su padre les había puesto un yugo pesado, él le aumentaría, y si su padre les había herido con látigo, él lo haría con varas de hierro.

A esto el pueblo contestó: ¿Qué interés tenemos en la casa de David? ¿y qué nos importa conservar la herencia al hijo de Isai? Vete á tus tiendas, Israel; y tú, David, provee á tu casa.

Roboam envió á uno de sus ministros de Hacienda para calmar al pueblo irritado; pero fué recibido á pedradas, en vista de lo cual este rey tan fiero y tan amenazador subió á su carro y huyó á Jerusalén, en donde fué reconocido por Judá y Benjamin, mientras que las diez tribus eligieron á Jeroboam, que les dió sin duda noticia de lo que Dios le había prometido por el profeta Ahías (1). Así se dividió la posteridad de Jacob en dos reinos que ya no se reunirán, y que se les distinguió con los nombres de reino de Judá y reino de Israel (2).

(1) 3. Reg., 12, 2. Paral., 10.

(2) La historia de los reyes de Israel y de Judá se confunde constantemente; hé aquí, para este período, un cuadro sinóptico de los reyes de los dos reinos:

JUDÁ	ISRAEL
Roboam, 962-946.	Jeroboam, 962-943.
Abías, 946-944.	Nadab, 943-942.
Asa, 944-904.	Baasa, 942-919.
Josafat, 904-782.	Ela, 919-918.
Joram, 882-875.	Zamri, 918.
Ocosías, 875-874.	Tebni, 918.
Joas, 863-831.	Amri, 918-907.
Amasías, 831-803.	Acab, 907-888.
Ozías, 803-852.	Ocosías, 888-887.
Joatán, 752-737.	Joram, 887-874.
Acaz, 737-723.	Jehú, 874-848.
Ezequías, 723-697.	Joacaz, 848-832.
Manasés, 697-642.	Joas, 832-817.
Ammon, 642-640.	Jeroboam II, 817-766.
Josías, 640-609.	Zacarias, 766-765.
Joacab, 609-609.	Sellum, 765.
Eliakim, 609-561.	Manahem, 765-754.
Jeconías, 561.	Faceia, 754-728.
Sedecías, 536.	Oseas, 728-721.
Cautividad de Babilonia.	Destrucción del reino de Israel.